El paro y la conversación



"Conversar en un paro con fines políticos no es solución"

Paloma Valencia

El pasado 21 de enero el Esmad intervino 25 veces en las manifestaciones alrededor del país. Muchos candidatos electos que prometieron en campaña no usar la fuerza antimotines tuvieron que recurrir a ella, pues entendieron la razón de su existencia. Cuanto entra en tensión el derecho a la protesta y el derecho a la movilidad y la seguridad de los otros ciudadanos, se requiere controlar la protesta, y salvaguardar la ciudadanía que también tiene derecho a no estar en paro. El Esmad es una fuerza diseñada para no ser letal, entrenada para soportar ataques y minimizar los riesgos para los manifestantes.

La protesta es un derecho, pero tiene como todos, limitaciones; no admite violencia, ni vías de hecho, ni bloqueos. Si los manifestantes usaran su derecho dentro de los términos legales, el Esmad sería innecesario; sin embargo, como se filtran vándalos, como algunos colombianos consideran que para pedir algo no sólo hay que pedirlo sino hacerlo de manera extorsiva (causándole daño a otros para obligar al Gobierno a ceder), pues el Esmad es indispensable. Su función es restablecer los derechos y libertades públicas.

El 21 de enero hubo 10 policías heridos y más de 7 personas capturadas. En Bogotá, 77 buses fueron vandalizados; en Medellín, agredieron vigilantes de bancos, y atacaron una estación del Metroplús. Fenalco estima las pérdidas en 150 mil millones pesos diarios. El Banco de Bogotá calcula que el paro del año pasado podría tener un impacto del 0,2% del PIB.

El llamado "paro nacional" está sobretodo inspirado en los diferentes movimientos internacionales como los de Francia y Chile. Se habla de una crisis de la participación ciudadana, potenciada por la existencia de las redes sociales que ha permitido mucha más coordinación y activismo de los ciudadanos, que, en consecuencia, encuentran insuficientes los mecanismos de la democracia representativa. Los gobiernos han intentado conversar con todos los actores, sin embargo, es poco probable que esa sea la vía de solución; primero porque lo que dicen no es lo que quieren y, segundo, porque no hay interlocutor válido.

No es claro que quieren o a que aspiran los manifestantes, pues el discurso se refiere a la inconformidad fundamental sobre cómo es el mundo. Así que sería ingenuo creer que en ello algún gobierno puede cambiarlo. Las cuentas hay que pagarlas, solo disponemos de recursos económicos finitos y limitados de nuestras economías, no hay plata para todo... así es y así seguirá siendo.

Y con quién conversar, también es un imposible de contestar. Cuando le preguntan a un manifestante quién lo representa en el autodenominado "Comité Nacional de Paro", no lo sabe. La encuesta CNC, a finales del año pasado, reveló que el 52% no conoce ni ha oído hablar de ese Comité. Ese Comité ha sido utilizado por diferentes actores políticos para llevar a cabo su modelo de país. Empezaron con 13 exigencias, y ahora son 134. Y por supuesto la crítica democrática de para qué se elige un presidente con un programa de gobierno, si unos pocos a través de paro pretende tomar las decisiones del gobierno.

Las exigencias del comité están conectadas con los modelos socialistas, y los ahora llamados "progresistas". Arrancan con pedidos de las tradicionales de las Farc y el Eln como el desmantelamiento del Esmad, modificación de estructura militar, negociación de paz con todos los grupos armados, libertad de supuestos "presos políticos", movimientos de casos de la Justicia Penal Militar. Piden la estatización de Ecopetrol y del sistema de Salud. Piden que no se tramiten reformas laborales, pensionales ni de salud; así como la derogación de la ley naranja, ley de Tics. En fin... de todo y para todos los gustos.

Conversar es fundamental para tratar de avanzar sobre acuerdos sobre lo importante, pero con un paro con propósitos políticos esa no será la solución. Los mandatarios locales deben afrontar que esto continuará y que son ellos los encargados del orden público en sus ciudades.

Las marchas de enero



"El vandalismo no es un derecho"

Vólmar Pérez Ortiz

Las marchas del pasado 21 de enero no tuvieron la fuerza de las 21 de noviembre de 2019, eso es claro. Y ya se percibe cierto agotamiento en las mismas, muy probablemente por la frecuencia en la apelación a este derecho que, por lo demás, es legítimo. Es cierto que las marchas en general no pueden verse como un problema de orden público; lo que sí tiene ese carácter es el vandalismo, los actos de violencia contra la fuerza pública, la afectación de bienes civiles y el servicio de transporte conocido como Transmilenio en el que se movilizan amplios sectores de la ciudad, generalmente los más necesitados.

La alcaldesa de Bogotá en el balance de la jornada del martes dijo que en esta marcha no hubo toque de queda y muertos como Dylan Cruz. La verdad es que la última marcha no es comparable con la primera en volumen, tampoco en intensidad y actos vandálicos en cuyo marco ocurrió la muerte lamentable del joven Dylan. Para el control de las mismas la administración distrital ha diseñado y puesto en ejecución un protocolo que supone la actuación primero de los gestores de convivencia de la Secretaria de Gobierno y de un grupo de madres de los marchantes conocidas como gestoras de paz -que actuarían como mecanismo disuasivo-, luego la de la fuerza disponible de la Policía, y si con ello no se logra neutralizar los actos vandálicos que se puedan presentar, actuaría el Esmad.

Hay que reconocer que el problema no es con los que marchan pacíficamente, es con los vándalos encapuchados que infiltran las movilizaciones y quienes no van a llevar a sus madres o buscar que asistan a las marchas. Esta medida, que se ve muy sana en su espíritu y propósito, puede resultar no muy eficaz y, por ello, algunos la ven como ingenua para neutralizar este tipo de actos.

Como, según se anuncia, las marchas continúan, lo deseable es que estos protocolos se adecúen de manera conjunta con los convocantes de las marchas para que se adopten mecanismos en procura de actuar más preventivamente y evitar la ocurrencia de actos de violencia con las afectaciones que ya se conocen.

***

¿Hezbolá en Colombia y Venezuela?

De tiempo atrás se conocen versiones que dan cuenta de la presencia de elementos de Hezbolá en la región Caribe y, en particular, en el municipio de Maicao en la Guajira, ubicado en la zona de frontera con la hermana República de Venezuela en el que, además, habita una comunidad grande de libaneses. Ahora, en su reciente visita, el Secretario de Estado de Estado Unidos, Mike Pompeo, ha sostenido que hay integrantes de Hezbolá en el vecino país, lo que debe suscitar inquietud por el entronque que pueda existir entre los de aquí y los de allá. Esa afirmación no ha sido desmentida por las autoridades del vecino país, lo que aumenta la preocupación.



"A rescatar valores de la Seguridad Democrática"

Jorge Echeverri

POST-COLUMNA

La Hidra de Lerna

No obstante las buenas predicciones que se ciernen sobre Colombia para este año en el espectro político, social y económico se erige, temprana y colateralmente, un karma, terrible, absorbente, policéfalo, como la Hidra de Lerna de la mitología griega, a la que le cortaban una cabeza y le salían dos nuevas: el crimen organizado y el desorganizado; la red del narcotráfico y sus hileras sangrantes, esparcidas por pedazos sensibles de nuestra geografía y que han cobrado líderes sociales -y simples líderes de la vida- todos estos primeros días del año, haciendo vaticinar a las "astrólogas" Tola y Maruja, releyendo las cabañuelas del Almanaque Bristol, que la tendencia macabra continuará durante todo el año.

Pero también los alzados en armas, bajo el alias de subversivos, incluyendo las temibles disidencias de las Farc que siguieron su vieja costumbre de narcotraficar y que han estado matando a los "vendidos reinsertados" -el año pasado lo hicieron con 77- llegando al atrevimiento de apuntar contra su cabeza, alias Timochenko, pero de manera fallida, gracias al pronto accionar de inteligencia del Ejército pues, de haberse consumado, los opositores profesionales ya estarían en la calle tirando piedra, vociferando y pidiendo las cabezas del Presidente Duque y del senador Uribe. Igualmente, el sicariato, que según estudio de la Fiscalía abarca el 52.6% de todos los homicidios del país, contabilizando 17 diarios y que el año pasado cobró la vida de 6.466 ciudadanos, y la delincuencia común, que sigue asolando campos y ciudades, sin un Hércules que se les enfrente y aniquile, porque al único héroe que nos queda, las FF.MM., la maldita hidra trata de acribillarlo a punta de veneno, infundios y calumnias.

Frente a semejante panorama, la páginas rojas del diario vivir nos recuerdan cada mañana que el paisaje colombiano se ha reducido a un lamentable caso de policía y que esas páginas hay que pasarlas con pinzas quirúrgicas para no mancharnos de sangre las manos ni la camisa de fuerza en que nos tienen metidos los criminales -que no son muchos, pero sí machos y están dispuestos a jugarse la vida por un puñado de dólares y saben que entre más peligrosos más poderosos- y llegan al extremo de asesinar cobardemente, a sangre fría, a una humilde pareja de recién casados -líderes ambientales- en cercanías de Palomino, en las Tierras del Olvido, como para espantar a todos los turistas que quieren soñar fundidos al atardecer en el esplendoroso paisaje de la Sierra Nevada de Santa Marta. Tremendo reto el que tiene el gobierno, rescatar y fortalecer todos los mecanismos que conlleven a la Seguridad Democrática, porque la hidra del pantano sigue viva, es un monstruo grande y pisa fuerte.

Post-it. Yo tenía entendido que a los más temibles terroristas, como Qasem Soleimani, Comandante del cuerpo de élite de las Guardias Revolucionarias Iraníes, al combatirlos y neutralizarlos, se les "da de baja", que fue lo que ocurrió en el temerario, brillante y quirúrgico golpe militar de Trump, interpretando el interés de la humanidad. Pero hay escritores, como William Ospina, que en su última columna de El Espectador escribe que el terrorista de marras fue "asesinado". Pura cuestión de semántica, doctores.